



## UN MUNDO FELIZ

Uno, que tiene ya ciertos años a sus espaldas, cuando echa la vista atrás, a veces se sorprende del tremendo avance conseguido por la humanidad en tan solo unas pocas décadas. Gracias, por supuesto, al crecimiento económico, nuestro nivel de vida ha experimentado tal elevación, que el bienestar reina por doquier. Aparatos, impensables hace unos años, hoy resultan de uso corriente, y otros, hasta hace bien poco reservados a los más afortunados, son, ahora, de utilización mayoritaria.

Sin duda, nunca se ha vivido mejor, me digo a mí mismo mientras pulso el botón del mando a distancia para grabar en vídeo una película de Sharon Stone, y parpadea la luz “play” del lector de discos compactos. Al oír las primeras notas del concierto para violín en la menor de Johann Sebastian Bach, enciendo el ordenador, aún no conectado a Internet, y me dispongo a trabajar, no sin antes calentar un café sobre una placa vitrocerámica de inducción (o algo así). Al pasar por la cocina, contemplo con satisfacción el resto de los electrodomésticos, relucientes y prestos a servirme: el lavavajillas, el frigorífico de cuatro (¿o tal vez cinco?) estrellas, la lavadora de mil y pico revoluciones por minuto. Sobre la encimera, una nota me recuerda que debo llevar el coche al taller para la revisión de los 70.000 km. En la calle, caen los primeros copos de nieve y sopla un viento gélido, pero no me preocupa: la calefacción de gasoil mantiene la casa a una temperatura constante de 23 grados, incluso en el garaje los aparatos calefactores protegen mi automóvil.

Encargo la comida a través del teléfono móvil y, poco después, suena el timbre de la puerta. Una mujer, joven y vestida de negro, pide limosna, dice que no tiene casa, que su marido tiene SIDA y está muy enfermo en el hospital. Le doy algunas monedas para que me deje en paz, aunque pienso, con indignación, que mejor haría en trabajar, en lugar de andar mendigando. Vuelvo a la paz y al confort de mi hogar y me olvido pronto de la molesta interrupción: Bien, me repito a mí mismo, nunca se ha vivido mejor.

En el televisor, que siempre está encendido, han empezado las noticias de las tres. Entre idas y venidas, escucho, sin prestar mucha atención y de forma entrecortada, algunas informaciones: Cientos de miles de personas deambulan sin hogar, alimentos y medicinas en un lugar de Africa llamado Zaire, todas pueden morir. Los integristas islámicos colocan una nueva bomba en Argel y mueren 20 personas. En Cisjordania, nuevos enfrentamientos provocan más víctimas mortales entre la población palestina. En un país musulmán, cuyo nombre no he entendido muy bien, una extraña religión prohíbe a las mujeres trabajar, estudiar y salir de su casa. Un representante de una organización de ayuda a los países subdesarrollados afirma que 800 millones de personas pasan hambre en el mundo y que a diario 35.000 mueren por ello. Un científico alerta de los peligros que el abuso en el consumo de energía en los países desarrollados planteará a las generaciones futuras, debido a la contaminación y al agotamiento de los combustibles fósiles.

Salgo a la calle. En una esquina, sentado en la acera en medio de la ventisca, un hombre, al lado de una bandeja con algunas monedas, muestra un cartel, que miro de reojo mientras apresuro el paso: “Soy uno de los tres millones y medio de parados que hay en este país, llevo dos años buscando trabajo, tengo mujer e hijos...”

Ya en la oficina, me cuentan que a Luis le han obligado a jubilarse y que el hombre se lo ha tomado muy mal y se ha ido a su casa con un gran disgusto. Ya se le pasará, contesto, tiene que darse cuenta que tiene casi 60 años y que a su edad ya no hay sitio para él en el mundo laboral, que muchos jóvenes no tienen trabajo y hay que dejarles paso.

Cuando regreso a casa es noche cerrada. Mientras paladeo una copa de mi mejor vino, escucho, de nuevo, la maravillosa música de Bach. Al calor del hogar, pienso, una vez más, que nunca se ha vivido mejor y que estamos apenas a un paso de conseguir un verdadero mundo feliz. Después, sentado en el sofá, enciendo el vídeo. En la pantalla del televisor aparecen las primeras imágenes de la película protagonizada por Sharon Stone.

Gerard